

número 3 / \$8

otoño 2002

milpalabras

letras y artes en revista

UN RELATO DE LA CRISIS

Cohen

LIBRECAMBIO

Bourdieu – Haacke

LITERATURA DE IZQUIERDA

Tabarovsky

ARTE DE LA COTIZACIÓN

Santiago Sierra

MURAKAMI Y LA VIOLENCIA TERRORISTA

Grosman

PIGLIA – ELOY MARTÍNEZ

Laera

ENTREVISTA GERMÁN GARCÍA

Speranza

Dinero, ficción, política



otoño 2002

- 2 **Un ciudadano en la tormenta**
Marcelo Cohen
- 14 **Efectos del libre cambio**
Pierre Bourdieu y Hans Haacke
- 32 **Pierre Bourdieu. Oficio de un sociólogo**
Alberto Silva
- 34 **Literatura de izquierda**
Damián Tabarovsky
- 41 **Santiago Sierra. Un arte de la cotización**
- 47 **Piglia - Eloy Martínez. Contribuciones a la relación
entre realidad y ficción en la literatura argentina**
Alejandra Laera
- 61 **Burrillo. Malditos pero nuestros**
Gonzalo Aguilar
- 64 **Germán García. El llamado del amo**
Graciela Speranza y Marcelo Cohen

Las obras que ilustran este número (salvo indicación expresa) pertenecen a Victor Grippo, artista argentino nacido en 1936 y fallecido a principios de este año. Los títulos de las obras reproducidas son los siguientes: *Sena de los oficios*, 1976 (p.3, 6); *Vida - muerte - resurrección*, 1980 (p.10, 59); *Igné*, 1979 (p.36); *Sintese*, 1972 (p.39); *Analogía I*, 1976 (p. 49); *Analogía IV*, 1972 (p.50); *Analogía I*, 1971 (p. 53); *A 17ª de la vertical*, 2001 (p. 67); *Ni viva ni muerta, ni triste ni alegre*, 1983 (p.71).

milpalabras

letras y artes en revista

Dirección

Marcelo Cohen

Gonzalo Aguilar

Graciela Speranza

Alejandra Laera

Diseño

Eduardo Rey y Ariana Jenik

Colaboran en este número

Francisco Alf-Brouchoud, Pierre Bourdieu, Hans Haacke, Alberto Silva, Damián Tabarovsky, Santiago Sierra, Ernesto Livon-Grosman, Vera Waksman, Teresa Riccardi (dossier Grippo).

Suscripciones

Exterior: 33u\$s (3 números)

Argentina: 24\$ (3 números)

El e-mail de milpalabras es revista.milpalabras@yahoo.com
La correspondencia puede mandarse a milpalabras, apartado postal N°440, sucursal 28, CP 1428, Buenos Aires, Argentina. Los giros y los cheques deben estar a nombre de Gonzalo Aguilar.

Impresión, películas y encuadernación

Ruffs Graph: Estados Unidos 1682 3 piso, Ciudad de Buenos Aires. Tel. 4-304-3641.

Distribución

En kioscos: Sinlín distribuidores, Pichincha 180.
4951- 6223

Germán García El llamado al amo

Los hechos que se suceden en la vida social y política argentina desde diciembre pasado han dejado, tanto un saldo de opiniones de urgencia como la evidencia de una perplejidad crítica ante la violenta desmesura del fenómeno. El pensamiento argentino parece debatirse entre el lógico recurso a las recientes teorías del mundo globalizado y la necesidad de revisar sus supuestos, adaptándolos a condiciones en apariencia nuevas y particulares. Como otros intelectuales, Germán García, psicoanalista y escritor, se preguntó si debía resguardar la independencia de su campo profesional o elaborar desde allí una serie de observaciones provisionarias. La voluntad de oponer otros discursos a la abrumadora hegemonía del económico lo llevó a entrar en el debate y derivó en una serie de intervenciones públicas cuyos puntos principales se retoman y amplían en esta entrevista.

Graciela Speranza y Marcelo Cohen

GS: ¿Cómo pensar la crisis argentina desde el psicoanálisis sin practicar la “falacia de lo colectivo”, una expresión que vos mismo usaste para nombrar esa propensión del discurso psicoanalítico a hablar de lo social con categorías extraídas de observaciones particulares? Una serie de artículos tuyos recientes, sobre los que queremos volver, proponen otro tipo de intervención.

GG: Mi decisión de intervenir está más allá del psicoanálisis como grupo profesional. La situación actual me remitió a los comienzos de los 70 y me pareció una buena ocasión para retomar una vieja discusión. En los 70 escribí un artículo muy irónico en la revista *Los libros* sobre un libro de un grupo de psicoanalistas que se había escindido de la Asociación Psicoanalítica Argentina. La discusión siguió y contesté la réplica diciendo que se trataba de un grupo de profesionales que se colocaba en posición de desafiar y de seducir a los extremos, sin saber

muy bien con qué responder. Mi respuesta, más o menos inspirada en un texto de Pierre Bourdieu que leíamos en esa época, defendía la idea de que había que mantener la autonomía del campo intelectual respecto de la política de partidos o de grupos. De modo que, volviendo al presente, me pareció que éste también era un momento en que la vorágine de las consignas abría la posibilidad de que el psicoanálisis desapareciera en discursos y declaraciones, por lo general oportunistas, que, más que pensar la cuestión, tienden a privilegiar el bienestar que les provocan a los que las pronuncian. Pensé que había que desplazar el eje de la cuestión. Al día siguiente de la caída de de la Rúa, escribí un artículo breve, centrado en una ironía: “El clamor ha sido escuchado. Ahora estarán lo radicales que pueden con los peronistas que quieren”. Me pareció que era un chiste hacerle creer a la gente que había logrado cambiar el gobierno haciendo un



poco de ruido en la Plaza, sin pensar qué se había puesto en juego políticamente. Había que colocar en su lugar el clamor –“la voz”, como diría Hirschman– sin recurrir a una explicación causal. La falla de las explicaciones funcionalistas es no tener en cuenta que aquellos que provocan algo no son, necesariamente, los que pueden aprovechar sus consecuencias. Por otra parte, aparecía una contradicción que nadie analizaba: a diferencia de las dictaduras militares, había una decisión política de que la gente pudiera reunirse y, al mismo tiempo, una represión policial brutal.

GS: Los intelectuales argentinos quedaron un poco paralizados frente a los sucesos de diciembre y enero. El recurso rápido a los nuevos pensadores del mundo globalizado, ya sea Toni Negri, Paolo Virno o Naomi Klein, refleja bien el desconcierto, la urgencia y hasta cierta orfandad en el pensamiento. ¿Cómo pensar lo nuevo? Y antes todavía, ¿hay algo nuevo para pensar?

GG: Yo digo que Virno es un discípulo de José María Ramos Mejía, el autor de *Las multitudes argentinas*. Porque si la multitud es la clave de bóveda, habría que rescatar a Ramos Mejía como un antecedente, ¿no? Démosle un poco de ironía a la cuestión. A propósito de la locura del presidente Schreber, que en sus memorias cuenta cómo se convirtió en la mujer de Dios, Lacan dice que, después de todo, su sistema no era más delirante que el de cualquier filósofo al que una mañana se le ocurre que la duración y la memoria son la clave de todo y reconstruye el mundo a partir de esos dos términos. De modo que creer que con la argucia semántica de cambiar la palabra “clase social” o “muchedumbre” por “multitud” vamos a encontrar una clave de bóveda que nos permita pensar el mundo de nuevo es ya delirante en sí mismo.

MC: De acuerdo. Pero, ¿cómo te enfrentás entonces a la emergencia de algo que, de todas maneras, parece imprevisto?

GG: Me valgo de la repetición freudiana. Dentro de la hojarasca, ¿qué es lo que se repite?

Se puede, como hacen los historiadores, tomar un período breve o más largo –desde el menemismo hasta el presente, desde la guerra de Malvinas, desde el 55, desde la subida de Perón o desde las inmigraciones del siglo pasado– y usar ese período elásticamente. Es más o menos lo que ocurre cuando uno trata de analizar a una persona. Freud dice que no le interesa el sueño sino el relato del sueño. En el relato aparecen los restos diurnos, las cosas de la inmediatez, pero es imposible soñar sin que aparezca un detalle fuera de lugar. Y el detalle fuera de lugar es el que nos va a conducir a la otra escena, la de la insistencia del deseo.

GS: ¿Cuál sería aquí el detalle fuera de lugar?

GG: Los detalles fuera de lugar son, por ejemplo, pequeños lapsus sociales. Como que se les ocurra a Lanata y a Hadad hacer el mismo chiste. Cuando se confiscó el dinero, en un programa se disfrazaron de rusos y en el otro pusieron gorras soviéticas sobre el escritorio. ¿Cómo es esto? ¿Unos son demócratas norteamericanos y los otros republicanos norteamericanos? ¿Unos juegan a la izquierda legalista y los otros a la derecha dura yanqui? Otro ejemplo: el desplazamiento, como diría Freud, del saqueo al cacerolazo. No era evidente al comienzo, pero se hace evidente ahora que eran dos fenómenos diferentes y que, en última instancia, se iba a hacer responder a uno con el otro.

MC: Parecería que buscaste encontrar algún tipo de estructura, detectar elementos de un rito. Respecto de los saqueos, hablaste de fiesta –un encuentro de carencia y exceso–, de las necesidades y los deseos y, después, de sacrificio. También hablaste de pánico. Uno diría que después del sacrificio, el deseo se apacigua. ¿Cómo sigue el ciclo en tu análisis?

GG: Hay aquí algo bastante interesante. Está lleno de periodistas ávidos de información y no hay nadie que se haya tomado el trabajo de escribir algo documentado sobre quiénes murieron en diciembre y cómo murieron. Son más de veinte muertos. De modo que aquí aparece una

cuestión grave: que los dos atentados -el de la Embajada y el de la AMIA- no hayan sido declarados cuestión de Estado quiere decir que el hecho de terminar siempre en un punto sacrificial, o empezar por él, es periódico y es regular.

GS: ¿En este último sacrificio también ves una repetición?

MC: Hasta Ramón Doll, el nacionalista, decía que los mismos que trajeron a los europeos para sustituir a los indígenas que habían matado, inventaron la Ley de Residencia para poder librarse de los europeos que no les gustaban. Es ésa la estructura sacrificial del país. Hay una frase que confirma esta idea: el famoso "Gracias a...". "Gracias a María Soledad nos enteramos de que en las provincias hay estructuras feudales". "Gracias a Carrasco se suprimió el servicio militar". "Gracias a Cabezas nos enteramos de que había una mafia". "Gracias a Malvinas..." Y así. Sabemos perfectamente que los militares pueden matar a cincuenta Carrascos y no por eso se va a eliminar el servicio militar si no hay una decisión previa. Gran parte de los razonamientos y las operaciones retóricas tienen una función de creación homeostática de buena conciencia y no una función de explicar cosas. Esto es lo que yo llamo estructura sacrificial.

MC: Durante el menemismo, ese discurso de la buena conciencia se amplificó enormemente y corría paralelo a una especie de desborde, una tremenda relajación de la ley.

GG: Hace poco en una entrevista radial me pidieron que comentara una afirmación de Alejandro Kaufman que, al parecer, había dicho que el menemismo había sido una ilusión. Creo que hay que ir por partes. Utilizar el capital financiero para desarmar cualquier posibilidad de país no es una ilusión. Yo cobraba cincuenta pesos, compraba cincuenta dólares; no se puede decir que eso fue una ilusión. Ahora bien, el problema es qué tipo de realidad era ésa. Creo que es más fácil entenderlo, no a partir de las características personales de Menem, sino preguntándose

qué hay detrás de Menem. Es decir, ¿por qué a una especie de aristocracia depredadora y amoral se le ocurrió que Menem le servía para armar esta máquina? ¿Y la máquina en qué consistía? De casualidad, en una librería de libros usados, encontré un libro sobre el ejército argentino en el que aparece la discusión -Cavallo incluido- sobre cómo desarmar el Cóndor durante los años 90: desarmemos el Cóndor y creemos un lugar de consumo no sostenido por nada. Con Menem recordé una vieja frase de Eugenio Trías, que una vez me dijo que Franco era lo antiespañol. Porque frente al ideal español -el torero, el hidalgo-, Franco -un hombre de la Galicia profunda con unos bigotitos absurdos-, era lo opuesto a lo que ellos podían imaginar, el precio que los españoles pagaban por haber perdido la república de manera irresponsable. Cuando Menem estaba en campaña, los radicales empapelaron la ciudad con un afiche con Menem, chiquito entre el presidente Koll y algún otro mandatario europeo. El afiche decía: "¿Usted se lo imagina?" Y yo pensé "Yo sí, yo me lo imagino." Tuve una epifanía automática. Justamente porque ellos no se lo podían imaginar (desde que yo conozco la política, siempre se equivocan en lo que se imaginan), yo me lo podía imaginar perfectamente. Y efectivamente, se equivocaron una vez más. Volviendo a la frase de Trías: para una Argentina tan desmoralizada, un hombre que venía de la Argentina profunda era perfectamente imaginable. A menudo se olvida que en las provincias hay todavía regímenes feudales.

GS: De todos modos, hay algunas prácticas política nuevas: el cacerolazo, el escrache, las asambleas. ¿Cómo entrarían en tu ciclo de repeticiones?

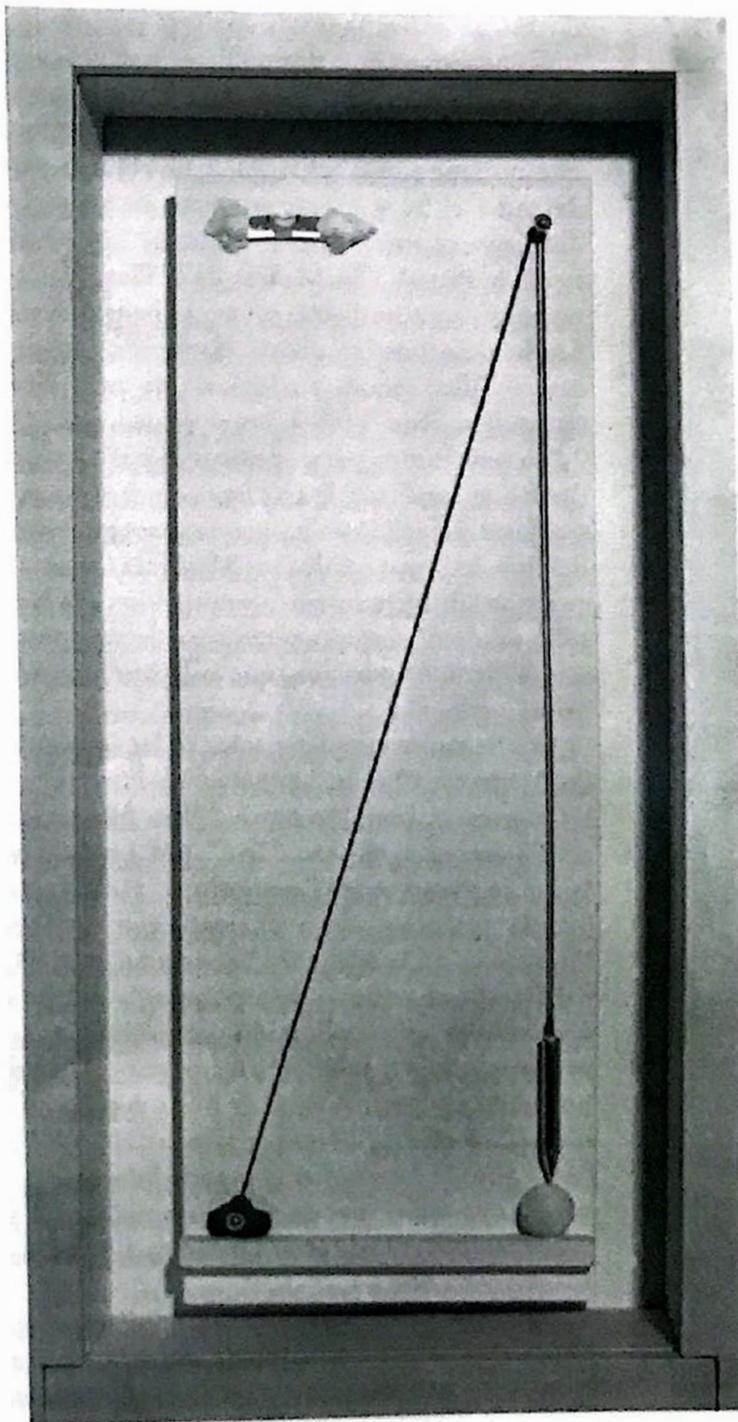
GG: Pino Solanas dice que va a hacer una nueva *La hora de los hornos* con todo eso. Es un poco nostálgico, ¿no? Obviamente, cuando uno habla de una repetición para orientarse, sabe que la repetición no es la identidad y que se puede subrayar lo que tiene de idéntica la situación

o lo que tiene de diferente. Estamos jugando a tomar un período que nos permitirá mostrar que hay algo que va y viene en cierto sentido. La función de Menem que, en la política interna, podía dismantelar al peronismo, disolverlo, y, a nivel internacional, podía permitir la entrada de todos los capitales financieros sin ningún control, creando para sus amigos, según parece, algunos negocios raros, lavado de dinero, etc., -negocios que, por otra parte, se hacen en todo el mundo, no los inventamos nosotros- es una función muy dirigida. Y aunque no tenemos la información, creo que la caída de Cavallo es el final de una política de Estados Unidos hacia nosotros. En eso difieren el cacerolazo o la asamblea. Pero hay otra repetición aquí: en la Argentina nunca hay una tercera fuerza. Nadie tiene la idea patriótica de pensar que es más eficaz políticamente ser una tercera fuerza que controlar a las mayoritarias.

GS: En tu análisis recurrías también a la relación dialéctica entre “la voz” y “la salida” que Albert Hirschman propone como dos respuestas opuestas de consumidores o miembros de organizaciones frente a lo que consideran un deterioro en la calidad de los servicios o beneficios que reciben. “La salida” consiste en marcharse, pensando simplemente que otra organización dará mejores beneficios, y “la voz” es el acto de quejarse tratando de lograr una recuperación de la calidad que se ha visto afectada. En los 70, como vos señalabas, Hirschman había llegado a la conclusión de que “la salida” tiende a socavar “la voz”, pero más tarde revisa esa oposición a partir del análisis de esa dialéctica en la República Democrática Alemana, y sostiene que en 1989 esas dos respuestas se reforzaron mutuamente y colaboraron en la caída del régimen. ¿Cómo pensar la actual versión argentina de esa oposición?

GG: Creo que en este momento “salida” y “voz” se potencian y eso es nuevo. Todas las salidas anteriores fueron de grupos con los cuales no había una identificación colectiva. Por primera

vez la salida adquiere un valor similar quizás al que tenía la salida de Sarmiento y de los que se fueron a Chile o a Uruguay y, desde ahí, levantaban la voz. Esta dialéctica de la salida y la voz



está ya en *Amalia* de Mármol, que empieza con la discusión sobre si quedarse es colaborar, si irse no es cobardía. En los 70 se repite la misma discusión, en los mismos términos, como si Mármol hubiera escrito el libreto. Pero la sociedad no se sentía implicada y es por eso que hubo un movimiento de familiares, y nunca hubo un movimiento amplio de derechos humanos. Un movimiento de derechos humanos supone que no tengo que ser familiar de alguien para defender el buen funcionamiento de las reglas del juego, mientras que si se trata de “las Abuelas de la Plaza”, “las Madres de la Plaza”, si yo no tengo hijos ni nietos, no tengo nada que ver. La sociedad no se sentía implicada. Ahora, cuando una señora cualquiera, de un barrio cualquiera, dice “¡Mis hijos se tienen que ir!”, “¡No hay futuro para nuestros hijos!”, quiere decir que la salida y la voz han empezado a potenciarse. La salida ya no es una descompresión del tipo de la que se hizo en Alemania Oriental, como señala Hirschman, permitiendo cada tanto la salida de unos cuantos para evitar que se consolide una oposición, que es lo que también hace Castro.

GS: Se puede también pensar en las consignas de Alemania Oriental que analiza Hirschman (“Queremos irnos” versus “Nos quedamos aquí”) frente a nuestro “Irse” por un lado y “Que se vayan todos” por otro. Y también se podría traer un dato curioso que analiza Hirschman en la Alemania Occidental en el 89. En Dresde el número de aspirantes a la salida era más alto y la explicación paradójica que se presenta es que la televisión alemana occidental no cubría esa región, llamada por eso popularmente “El valle de los que no tienen ni idea”. La población de Dresde tenía menos información sobre las condiciones de vida en occidente. La salida también puede estar vinculada a la desinformación, ¿no?

GG: Eso no importa. Los que quieren irse tienen que hacer la gimnasia de irse, porque esa gente, si se va y tiene que volver a los dos meses

—ya he escuchado de algunos que volvieron— se va a sumar a la voz, se va a sentir autorizada de otro modo, especialmente si son jóvenes. Se van a dar cuenta de que pierden algo. No es lo mismo tener unos adolescentes ociosos que, mientras toman cerveza y pavean con Internet, piensan que el país, por no decir el mundo, les queda chico, que unos jóvenes que se dan contra la pared y vuelven un poco más educados.

MC: Virno habla de un fenómeno que llama “el éxodo”. La muchedumbre abandona el juego de la política tal como está planteada por el capitalismo mundial, la sociedad del espectáculo, etc. Teorías como la suya o la de Negri aspiran a un salto en la historia o a otro tipo de fin de la historia, de la historia como pesadilla. Parece que en Argentina estamos en una fase primaria de esa pesadilla. Hay gente que no puede irse en ningún sentido. Los piqueteros, la CTA, que son una potencia política, sacuden el tablero, pero también piden que los escuchen y los reconozcan; querrían negociar desde la fuerza, hablar de la supervivencia.

GG: Vamos a tratar de focalizar los rasgos diferenciales. Hace tiempo leí un libro de un americano que decía que hay siete formas de capitalismo y revisaba el esquema del capitalismo en los países orientales, en Europa, en Estados Unidos, etc. No hacía una oposición entre lo global y lo local, porque decía que el capitalismo no es sino un aparato económico y tecnológico y, por lo tanto, lo que encontramos una vez que pasa el efecto novedad es el efecto que causó en una comunidad determinada, cómo la transformó, cómo afectó las innovaciones técnicas de esa comunidad o la redistribución económica de los recursos. En ese sentido, no veo por qué lo local no puede acentuarse en el momento en que lo global se impone. La España que nosotros conocemos —más inventada por el aislamiento y la torpeza de Franco que por los españoles mismos— empieza a retornar a sus tradiciones a medida que se integra más en el juego económico-técnico mundial. La discusión

nuestra es que nosotros nunca terminamos de integrarnos y el precio que se nos pide – el precio que nos pediría Hadad, por ejemplo– es que si hay diez millones de personas en la calle miremos para otro lado. Como descendiente de inmigrantes, Hadad todavía cree en una especie de sueño meritocrático que comparte con mucha gente en este país, de ascenso o de convergencia del poder y el saber en un mismo punto. Es un sueño un poco despótico de las clases medias ilustradas: creer que por el saber se llega al poder, y que el saber en sí mismo no tiene ningún sentido si no es para acceder al poder. Pero una vez que uno descubre que se vuelve a situaciones locales, se encuentra con fenómenos increíbles como el de Rodríguez Saá repitiendo, en horas, los dos gobiernos de Perón. Recurriendo a la teoría del mimetismo que usan los americanos, yo hacía el chiste de que Rodríguez Saá había sido atrapado en la CGT por un *meme* de Perón. Fue como si hubiera recreado en un relámpago el lento traslado de la gente del interior a la capital que hizo Perón, esa especie de redefinición del antiguo conflicto unitarios-federales que se dio con el peronismo. Y muchos se lo creyeron, incluso gente como Verbitsky. Por eso a mí me parece interesante no perder esta perspectiva de lo local, sin descuidar la perspectiva global.

GS: ¿Cómo leer en ese marco el “Que se vayan todos”?

GG: Evidentemente, el “Que se vayan todos” deja a todo el mundo acéfalo, es decir, sin referentes institucionales claros. Es obvio que la frase completa es “Que se vayan todos *ellos*”. Ahora bien, esta situación acéfala produce casi la “catarsis” de las asambleas y una creencia un poco ingenua en la deliberación como causa de la decisión. Porque incluso para hacer una asamblea –todos lo sabemos desde la práctica universitaria– hay que empezar por la decisión de que haya asamblea. Las asambleas deben conducir a una decisión, y cuando conducen a una decisión, la decisión ya no es asambleística;

no se puede hacer al día siguiente una segunda asamblea sobre la decisión de hoy. Me parece que esta dialéctica entre la decisión, el consenso y la deliberación, todavía no está planteada, y que la salida del impasse es entender eso. Hay algo que sí me parece interesante subrayar. Hirschman, en un artículo que se llama “La percepción del cambio en América Latina”, publicado en un libro colectivo sobre el liderazgo de los años 70, dice que los países latinoamericanos suelen tomar como modelo a otro país. Entienden la historia de esos países no como una serie de contingencias históricas, sino como una ley causal y necesaria; los latinoamericanos son involuntariamente hegelianos. Si ven que en el país modelo se hizo una revolución y después salieron adelante, se proponen hacer una revolución, no salir adelante. Y quizás para salir adelante no hay que hacer ninguna revolución en el país receptor. Hirschman sostiene que esto no sería un problema si no fuera que por tratarse de países subordinados –palabra que me gusta más que “dependiente”, porque la dependencia tiene cierta reciprocidad que la subordinación no tiene–, pueden ser militarmente ocupados y no pueden ocupar a nadie militarmente; pueden ser fundidos por una operación económica y no pueden fundir a nadie económicamente. Si uno tiene en cuenta estos pequeños detalles –dice Hirschman, no ahora sino en el año 70– entonces ¿qué va a hacer? Va a apoyar a gente que, como en el ajedrez, hace movidas imperceptibles pero en un momento irreversibles, y no a personas que vociferan tanto que el propio país modelo –o el país que tenga interés en ese momento– se va a encargar de empujar a la retórica del desastre. ¿Por qué me parece interesante esto? Hay una investigación de Andrea Giunta en la que este funcionamiento se ve muy bien en el plano del arte argentino. Como Cuba se había quedado con los escritores, los americanos empezaron a invertir en artistas plásticos argentinos a través de fundaciones y se quedaron con los pintores. Y los argentinos

ni siquiera aprovecharon la ocasión —como se podría haber aprovechado con el menemismo, después de todo— para incorporar Buenos Aires al circuito de la pintura. ¿Por qué eso no sucedió? Porque el argentino al que le tocaba ir al Museo de Arte Moderno de Nueva York trataba de dejar afuera al otro argentino que todavía no había entrado. No se les ocurrió que se podían reunir una serie de galeristas e incorporar definitivamente a Buenos Aires al circuito de la pintura, de modo tal que cuando a los norteamericanos se les acabase el interés por nosotros, nosotros nos quedáramos con algo. Por eso digo que Menem podría, por lo menos, haber aprovechado esa coyuntura internacional que nos permitía juntar una cantidad de capital y no rifar ese capital en una pavada.

GS: Pero volviendo un poco atrás, ¿quién es ese “nosotros” enfrentado a un “ellos”? ¿Qué presupuesto de pureza hay en el “nosotros”? Porque muchos “yoes” de ese “nosotros” no levantaron la voz durante bastante tiempo pero ahora salieron a la calle, se reúnen en las asambleas.

GG: Son los desilusionados por el modelo. A veces aparece un programa nuevo sin tener nada nuevo. A veces de la indignancia sale algo. Pero aquí aparece otro problema: la *composé*. Un conjunto de personas constituyen algo que no es la suma de las ideas que cada uno de ellos tienen de eso que constituyen. “Que se vayan todos ellos...”, obviamente, “...para que estemos nosotros”. Nosotros ¿quiénes? Los que fuimos estafados, los desilusionados. ¿Quiénes fueron los más estafados y desilusionados? No los que nunca creyeron, sino los que creyeron. Por eso yo decía que la desilusión es correlativa a la ilusión que uno se hace.

MC: Hay una ilusión de más largo cuño en Argentina. El “nos cortaron el futuro” viene de una idea de posibilidades ilimitadas.

GG: En principio hay una especie de ilusión óptica que es la siguiente: si voy a una gran ciudad, veo carreteras iguales a las de Buenos Aires,

veo avisos de Coca-cola, veo las mismas marcas. De acuerdo, pero eso no configura un colectivo social. Entonces, ¿la ilusión qué es? Si acá hacemos revueltas y en Nápoles también, y en Seattle también, entonces nosotros estamos en el movimiento antiglobal. Habría que ver si estamos en eso o en otra cosa. Entonces, prefiero escaparme de ese tipo de razonamientos e ir a la particularidad de cómo se va configurando la cuestión. En las provincias hace más de diez años que se vive esta situación: en el norte la gente tiene bonos y no puede moverse de Tucumán a Jujuy sin cambiarlos y perder el veinte por ciento. Están todos encerrados en sus respectivos corralitos, digamos, con sus señores feudales. De modo que para esos sujetos la desilusión no fue tan grande. Y aunque las fotos sean iguales, creo que el contenido es totalmente diferente. Y eso es así incluso en términos de país subordinado y país modelo, lo que nos devuelve al mimetismo del que hablábamos antes. Soy muy dado a esa teoría porque me molesta la invención mimética de la Argentina. No hace mucho escribí un artículo sobre psicoanálisis y literatura para la *Historia crítica de la literatura argentina* de Noé Jitrik que finalmente retiré del volumen, cuyo primer subtítulo era “La Argentina mimética”. Acababa de leer un trabajo de un arquitecto que organizaba los modelos arquitectónicos argentinos en diferentes períodos —hasta tal fecha el modelo francés, más tarde una mezcla con el modelo italiano, después el racionalismo y así— y entonces decía en el artículo que los arquitectos, a diferencia de los escritores, no sólo dicen qué copian sino que se enorgullecen de copiar bien.

MC: La perfecta casa Bauhaus...

GG: Exacto. En el artículo decía que teníamos, por ejemplo, a *Contorno* que había sido inventada por la orfandad universitaria, retroactivamente, como una copia de la revista de Sartre. Y también decía, con mucho cariño por supuesto, que a Masotta le había tocado Lacan, a Althusser se lo habían repartido entre varios

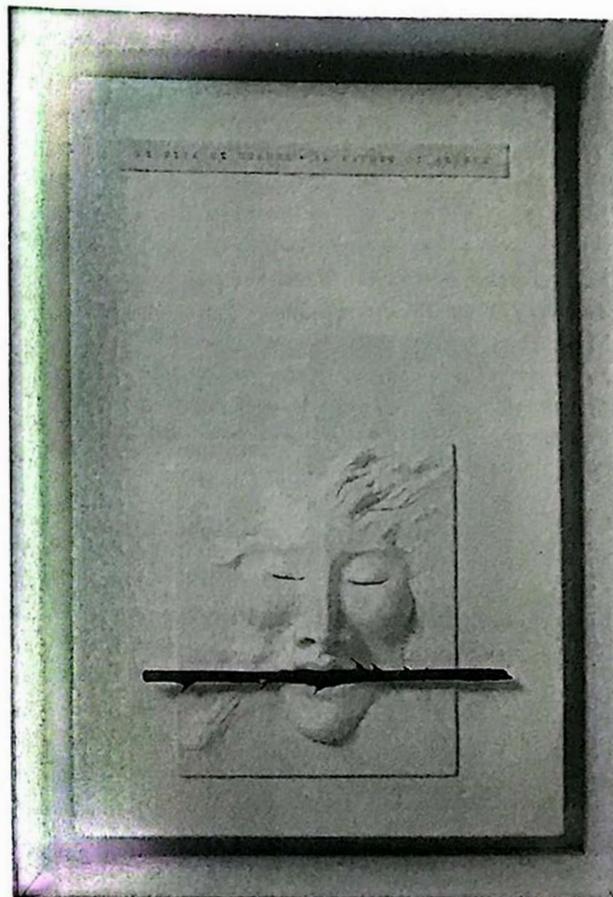
y a Derrida, como escribe mucho, nunca nadie termina de apropiárselo del todo.

GS: Pero en la crisis argentina de hoy, ¿qué estaríamos copiando? ¿O hay una argentinización de Argentina?

GG: Me parece que es eso. Esa tradición mimética, que tanto se ha sedimentado, empieza a constituir un fenómeno propio, como si de tanto imitar gente finalmente uno se convirtiera en un gran imitador. El gran imitador se resta de las imitaciones y da un producto diferente. No estoy en contra de eso. De lo que estoy en contra es de que seamos una especie de japoneses desesperados, es decir, que ni siquiera podamos imitar bien. La imitación ciega me parece un mecanismo muy peligroso.

MC: Algo que pervive del viejo repertorio progresista de los 70 es la palabra "utopía". Está implantada en el lenguaje de los que piden "que se vayan todos", pero también aparece entre los piqueteros. Cuando tantos sectores rebeldes dicen "Tenemos que recuperar la utopía", ¿qué imaginan?

GG: Pienso que aquí hay un llamado. Como diría Lacan, "un llamado al amo". Sade aparece en el momento en que cae la monarquía absoluta con el movimiento revolucionario y se propone crear una máquina de un rigor absoluto. Entonces se puede leer a Sade en esa duplicidad: leerlo como el marqués que vendría a decir subliminalmente "Si ya no hay orden todo está permitido", y también leerlo como el productor de una ruptura a partir de ese desorden que podemos llamar subversiva. Pero Sade, a diferencia de Fourier, demuestra que el goce sólo se puede imponer, no se puede regular. No se puede consensuar el goce. De modo que es peligroso pedir que la sociedad se encargue de regular el goce. Me parece entonces que la idea de utopía aquí es un llamado al amo. Es casi decir: "Juguemos en el bosque mientras el lobo no está". También Marx habla de eso en su crítica de algunos utopistas como Cabet. Fourier proponía buscarles una función a las tendencias de algunos sujetos y neutralizar algunas pasiones aprovechándolas socialmente. Por ejemplo, lo que hay que hacer con la gente a la que le gusta asesinar es convertirla en carnicera. Pero, ¿por cuánto tiempo se puede engañar a un asesino serial norteamericano que sólo mata a rubias abundantes, sustituyéndolas por vacas? Al poco tiempo el asesino se va a dar cuenta de que hay sangre, hay violencia, pero entre lo que él hacía y lo otro hay un abismo. El goce tiene una fijeza, la perversión. Cuando Freud define la perversión, después de todo, lo único que dice es que un neurótico dialectiza con el otro, negocia. El deseo es sociable pero el goce es la oscura determinación de un cuerpo que



Lecturas

Las intervenciones recientes de Germán García a las que alude esta entrevista son: "El llamado a la autoridad", *Página 12*, 6 de enero de 2002; "La carencia se cita con el exceso", *Página 12*, 31 de enero de 2002 y "No hay regulación política del goce", en *Ramona* 21-22, marzo de 2002. "Salida, voz y el destino de la RDA" de Albert O. Hirschman fue incluido en *Tendencias autosubversivas* (México, Fondo de Cultura Económica, 1996). El ensayo revisa las hipótesis centrales de un ensayo anterior, *Exit, Voice, and Loyalty: Responses to Decline in Firms, Organizations and States* (Cambridge, Harvard University Press, 1970).

quiere imponerse sobre otro, y luego es antisocial. En los 70 había gente que gozaba constituyendo un espacio autónomo, la cultura, la vanguardia, pero fueron empujados por otros que curiosamente venían del catolicismo, que tenían una idea mucho más sacrificial, y que decidieron que eso era puro discurso y había que poner en juego otra cosa. De modo que los otros quedaron un poco atrapados –no todos, claro– en el mito del coraje que comparten desde Borges hasta el último militar del país. Pero volvamos al presente. Ahora, creo, se habla de utopía como sinónimo de esperanza. Si nosotros tuvimos esperanzas y ellos nos defraudaron, ahora no les creemos más. Nosotros mismos construimos eso que queríamos. Entonces, la utopía.

MC: Sí, pero no hay un relato en esa utopía. Nadie lo puede contar.

GG: Eso es lo que falta construir. Por eso digo que la asamblea es una especie de grado cero. De ese grado cero, ¿qué va a surgir? No lo sé. Por ahora, lo que ha resurgido en ese grado cero es el PC con su idea de democracia directa. Pero no sé qué configuración se puede armar a partir de allí. Habría que ensamblar las asambleas con los piqueteros, que a su vez tienen enfrentamientos internos, algunos simpatizan con la negociación más que otros. Todo eso no ha decantado todavía y no se sabe hacia dónde va a ir exactamente. Porque hay que recordar que aquí tenemos la tradición del peronismo, la tradición del frentismo, que no se sabe hasta el día anterior para qué lado decantan. Los montoneros, a partir de la muerte de Quieto, decantan hacia lo opuesto. Parecía que era un desplazamiento a la izquierda de gente que venía de la derecha y terminó, al menos en algunos sectores, invirtiendo ese mismo desplazamiento. Entonces, no sabemos hacia qué lado decantan los piqueteros. Es ahí donde uno no puede hacer futurología. Cuando Remo Bodei analiza las pasiones dice que hay dos pasiones políticas fundamentales: el miedo y la esperanza. Evidentemente, se encubre una pasión política. "Tengo utopía" quiere decir que mi esperanza no es interesada.

MC: Volviendo al llamado, ¿el amo es el mercado o es el Estado?

GG: Cuando digo "el amo", quiero decir lo que cada uno imagina como la solución posible. Lo que Lacan llama "el llamado al amo", un lugar que ordena, que da órdenes, la solución que imagina cada uno. Unos se imaginan una solución patriótica surgida de las entrañas de los restos del ejército argentino. Otros se imaginan que la solución sería dejar que nos gobiernen desde afuera y se acabó. Obviamente, lo más sensato sería poder imaginar una reconstrucción del Estado, si entendemos por tal un lugar de regulación de los intereses colectivos de los argentinos que nos permita tener alguna presencia coherente frente a otros territorios organizados. No sé si eso puede tener todavía la forma clásica del estado-nación.